

de un neoclasicismo dieciochesco, diferido a los siglos XIX y primer tercio del XX, quizá porque ni la estructura social ni la visión que las elites tenían de sí mismas habían cambiado demasiado.

En esta perspectiva, hacer ciencia, como hacer política, era una actividad noble y superior, algo que colocaba al practicante en los umbrales de la civilización. Hacer ciencia significaba llevar una vida abnegada, para el bien común, superior al egoísmo de la vida privada. En fin de cuentas, en la Bogotá en donde "todo el mundo conocía a todo el mundo", poblada de elites endogámicas, ¿qué recompensas espirituales y morales ofrecía la vida privada a un *hombre*? Porque, evidentemente, estamos hablando de sociedades científicas masculinas. Sin un espacio bien establecido para el amor romántico, ni para la privacidad característica de las grandes urbes y en particular de la cultura posmaterialista de nuestro tiempo, uno puede concluir que los científicos cuyas prácticas, entornos sociales y sociabilidades estudia Obregón Torres son como la contraparte de lo que Herbert Braun llamó los *convivalistas*. Así lo confirmarían sus ideales de civilización, su misión pedagógica y el sacrificio que, supuestamente, les reportaba responder al llamado de su vocación.

MARCO PALACIOS

## Manual del ladinoamericanista

**América Ladina**

Germán Arciniegas

(compilación de J. G. Cobo Borda)

Fondo de Cultura Económica, México, 1993, 432 págs.

En materia de títulos de libros, difícilmente se halla uno más ajustado al talento y al pensamiento de su autor, para no hablar del contenido del volumen, que el de éste de Germán Arciniegas. El Diccionario de la Real Academia ofrece, entre otras acepciones de la pa-

labra ladino, las siguientes: Que habla con facilidad alguna o algunas lenguas además de la propia. Astuto, sagaz, taimado. La raíz etimológica de la palabra es un pequeño trabalenguas. Ladino proviene del latín *latinus*, que significa latino. Para redondear, América Ladina es lo mismo que América Latina, pero astuta, sagaz, taimada. También se hablan allí con facilidad alguna o algunas lenguas además de la propia. En ladinoamericano antiguo, ladino era el indio que, aparte de la propia, hablaba la lengua castellana.

*América Ladina*, la obra, es una selección de fragmentos de libros, ensayos procedentes de revistas y periódicos, prólogos, artículos de prensa y otros textos publicados por Germán Arciniegas entre 1932 y 1991. Sesenta años vendrían a ser toda la vida de cualquier escritor. No la de Arciniegas, cuyas obras completas, que algún día se publicarán, así sea incompletas, tendrían que remontarse al menos hasta 1919, cuando, un jueves, salió por primera vez un escrito suyo en *El Tiempo*. Arciniegas tiene la vanidad —lo ha dicho muchas veces— de ser más viejo que este diario bogotano. Y no sería raro que, como lo pronosticó en broma uno de sus colaboradores, cuando en el siglo XXI se destape la tierra de los jardines de su sede y se extraiga la "cápsula" que sepultaron para celebrar los setenta y cinco años de su fundación, entre los invitados especiales estuviera Germán Arciniegas.



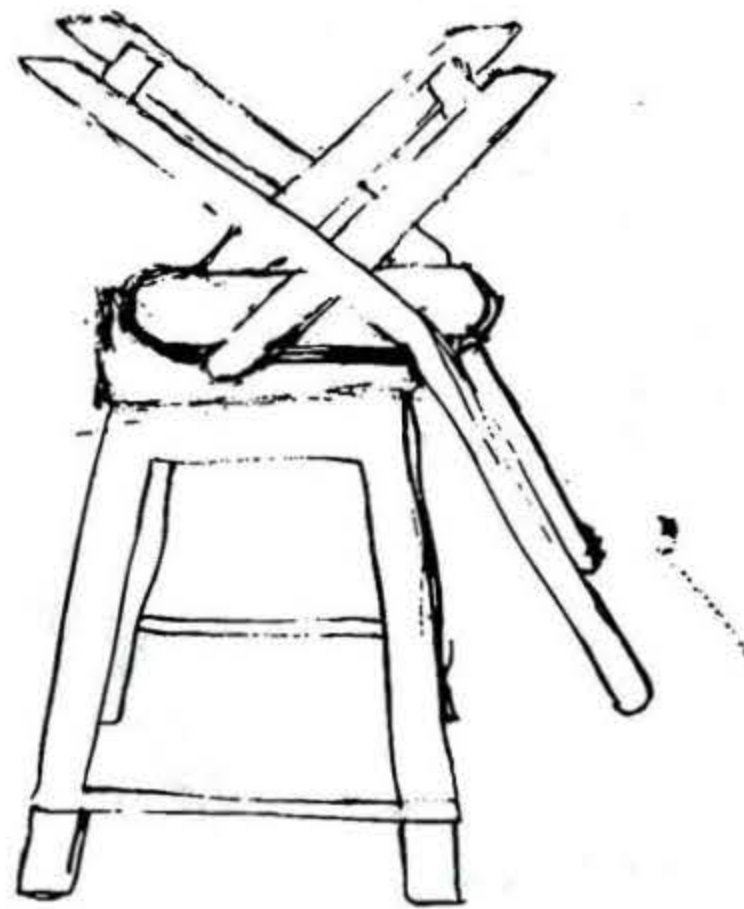
La compilación, finamente elaborada por Juan Gustavo Cobo Borda, de quien es también el ensayo preliminar, sigue

un criterio cronológico y, hasta cierto punto, temático. El lector analítico puede seguir fielmente las líneas de pensamiento de Arciniegas y ponderar su estilo inconfundible. Analítico o no, el lector sin duda disfrutará de las delicias de un estilo terso, lúcido y elegante, con frecuentes destellos de humor.

El libro se asemeja a una sucesión de cuadros en torno a un tema central: América. En realidad, así es casi toda la obra de Arciniegas. Y no es del todo desatinado el símil con la pintura. Después de todo, se ha dicho, con algo de razón, que a Arciniegas lo que más le interesa es el color del continente, y él mismo lo ha descrito como *El continente de siete colores*. Entre el cuadro más antiguo, un fragmento de *El estudiante de la mesa redonda*, el primer libro de Arciniegas publicado en 1932, y el más nuevo, "La razón de ser" artículo fechado el 19 de septiembre de 1991, proceden imágenes de variada índole y magnitud, unas heroicas y trascendentales, otras humildes y cotidianas. Abundan las semblanzas de grandes personajes Túpac Amaru, Gonzalo Jiménez de Quesada, José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, fray Servando Teresa de Mier, Gabriela Mistral, Flora Tristán, Alfonso Reyes, León de Greiff, Fernando Botero. Algunos fueron o son amigos personales de Arciniegas; quizá todos. Entre una y otra semblanza interpólanse relatos, disquisiciones y juicios sobre hechos y procesos de la historia y la actualidad americanas, entre los que caben las lides estudiantiles por la justicia y la democracia, las preocupaciones progresistas de algunos de los últimos virreyes de la Nueva Granada, la ignorancia o la erudición que sobre Colombia se tiene en los Estados Unidos, las dictaduras latinoamericanas, la cultura como derecho del hombre, la convergencia de las magias del mundo sobre América Latina, el ensayo como género predominante en el continente. Y de tarde en tarde, notas sobre puertas y ventanas, o sobre las tejas de las casas, sobre las frutas de granada y las simples curubitas indias o las deliciosas granadillas, sobre los curíes de la antigua provincia de Los Pastos, o sobre la maravilla de los burritos de barro de Ráquira que campean en un restaurante de Nueva York.

El tema americano, en sentido lato, ofrece a Arciniegas un vasto universo para escudriñar. Cuarenta y dos millones de kilómetros cuadrados por quinientos años de historia, para ser precisos. Naturalmente, ha tenido que ser selectivo. Durante su larga vida —una quinta parte de la experiencia americana, como hizo notar él mismo—, ha sido testigo directo de acontecimientos cruciales de la historia del continente en su calidad de periodista, funcionario del gobierno colombiano, profesor universitario, director de revistas, lector voraz y, sobre todo, como hombre inquieto e insaciablemente curioso. Otros hechos un poco más remotos los lleva en la sangre: “A mi abuelo —escribe— lo amarraron a los barrotes de una ventana, desnudo, lo castraron, lo alancearon y desatándolo de la ventana, amarrado a cuatro caballos, lo descuartizaron a la vista de mi abuela y de mi padre, que tendría once años”. Todas esas vivencias —y otras más, sublimes algunas, triviales otras, todo le sirve— son la materia prima de la obra de Arciniegas, cuyos tintes autobiográficos son más o menos marcados. De ellas emergen sin duda focos de interés, el más claro de los cuales podría resumirse así: ¿Qué hay de original y propio en América? ¿Cuál ha sido su contribución a la cultura del mundo? No son sólo las papas, el tabaco, el maíz y el chocolate, de cuyas batallas en Europa da cuenta Arciniegas magistralmente en “La mesa está servida”. Hay cosas más profundas, más universales. Cuando América irrumpe en los mapas tras el descubrimiento, se produce un hecho único en la historia. Así lo ve Arciniegas: “La circunstancia de que brote de repente un continente inédito entre dos océanos, uno de ellos aún inexplorado y el otro desconocido, son hechos lo bastante rotundos como para conmover academias y gimnasios, y sacudir a la inteligencia occidental. De todos los personajes que han entrado a la escena en el teatro de las ideas universales, ninguno tan inesperado ni tan extraño como América”. Y comienza la historia de un continente que en la parte del sur es “mucho más problemático, contradictorio, heterogéneo y difícil” que en la parte del norte. En los trescientos años de dominio europeo

sucede otro fenómeno igualmente singular: el mestizaje, “el problema del mayor cruzamiento de razas que registra la historia desde la aparición de los bárbaros en Europa”. La independencia no fue menos original. Los revolucionarios de 1810 “no simplemente desafían [...] a una potencia tan imperial y bien parada como era la España heredera de los mapas que se levantaron en tiempos de los Carlos y los Felipes, sino que se rebelan contra la tradición Occidental. La América española se iba a independizar sin tener familias nobles en quienes hacer pie o tomar estribo para montar aristocracias que pudieran reinar. La república de 1810 era un riesgo dudosísimo”. Y sin embargo la república triunfó, mejor que en Francia: “Nuestra América, aún más débil, enclenque y oscura en 1810 que en 1963, resistió la experiencia de la república, y la Francia resplandeciente de la Enciclopedia y los derechos del hombre no pudo con ella. Hoy mismo, aquí [Arciniegas habla en la Sorbona, París], estamos en la quinta república”. Así va haciendo Arciniegas su propio y personal descubrimiento de América.



Germán Arciniegas ha sido calificado —y en ocasiones descalificado por detractores de postín— como periodista, historiador, ensayista y, como prefiere Cobo Borda, “simple escritor. Amateur de todas las cosas”. Quizá es todo ello a un mismo tiempo. Diríase que su obra tiene una afinidad más que casual con la de los antiguos cronistas. Éstos, a quienes llamaban historiadores, veían maravillados ese mundo nuevo donde nada era familiar, excepto tal

vez las rocas, similares a las de Europa, y redactaban sus observaciones validos de su leal saber y entender y de todas las fuentes que hallaran a la mano. Muchos desdeñaron sus “historias” por considerarlas desbordadas de fantasía. Otros leyeron más a fondo. Alexander von Humboldt, por ejemplo, consideró que los grandes progresos que experimentaron durante los siglos XV a XVIII las ciencias descriptivas, especialmente la geografía, se debían precisamente a los cronistas, en cuyos escritos se hallan los fundamentos de nuestra percepción física del mundo. Arciniegas va encontrando en la historia y en el transcurrir de América cosas que parecen no menos fantásticas que las que hallaban los cronistas, y las va narrando o describiendo con desparpajo nada magisterial. Es cierto que los textos de Arciniegas tienen a veces tanto de imaginación literaria como de hechos reales. ¿Pero qué es en América fantasía y qué es realidad? En “Civilización y barbarie” escribe Arciniegas: “Si se leen los documentos del siglo XIX bolivianos, se llega a la conclusión de que uno de los personajes que más han tenido que ver con la historia ha sido la Divina Providencia”. Esto, que parece fantasía, no lo es; se deduce de los documentos del siglo XIX bolivianos. Arciniegas recrea —no inventa— ambientes, personalidades y sentimientos, y en ciertas ocasiones su imaginación suplanta a la percepción de sus personajes, que son los de la historia. Cuando los soldados de Gonzalo Jiménez de Quesada abandonan el río Magdalena, esto es lo que ven: “Ya estamos en la selva. Basta internarse unos pasos más, dejar atrás los primeros troncos, para que los paisajes de Sompallón queden hundidos en el recuerdo. Aquí no hay luz, sino una claridad difusa que se ablanda entre las frondas, hasta convertirse en penumbra húmeda, tibia, cargada de olor vegetal”. Esto, desde luego, no está en documentos. Pero queda en el lector la sensación de haber estado allí.

La cuestión obvia es, claro está, qué tanta validez tiene hoy esta forma peculiar de escribir la historia. Cobo Borda recoge algunos testimonios. Uno de ellos es de Gabriel García Márquez, hablando sobre piratas y sobre *La biografía del Caribe*: “Sólo un escritor

como Arciniegas, que lo acostumbra a uno a tratar con familiaridad a los personajes más inaccesibles y remotos, podía ponernos en camino de hacer las paces con los viejos e intrépidos bandoleros del mar". El caso cierto es que Arciniegas lo acostumbra también a uno a tratar con familiaridad a personajes accesibles y cercanos, como lo muestran, por ejemplo, sus retratos literarios de José Martí, Gabriela Mistral, León de Greiff, Fernando Botero. Ésta es una manera de escribir historia y es una manera válida. Existen otras igualmente válidas, o más válidas, si se quiere, según qué propósitos se persigan y qué objetos se estudien. Puede ser difícil utilizar a Arciniegas como fuente para demostrar una hipótesis o desembrollar de modo fehaciente una situación histórica oscura. Pero nadie podría negar su contribución al conocimiento de hechos, procesos y personajes de América, inaccesibles o accesibles, remotos o cercanos.



Quizá lo mejor de Arciniegas, palmario en *América Ladina*, son los testimonios de sus propias experiencias vitales, que él siempre pone en perspectiva y sabe proyectar históricamente. *El estudiante de la mesa redonda*, "una biografía de cinco siglos", es el ejemplo más ilustrativo en este aspecto. Es el caso del estudiante como figura intemporal pero siempre actual. Y es la conciencia estudiantil de Arciniegas el motor que lo impulsó a denunciar dictaduras y violaciones de los derechos civiles en libros como *Entre la libertad y el miedo* y *El continente de siete colores*, obras valerosas y francamente arriesgadas en su momento. Mucho de

ello hay también en su adopción de un punto de vista americano, no sólo como estudiante de la historia de América, sino como dignatario de la celebración del quinto centenario. ¿Quinto centenario del descubrimiento? No. Quinto centenario de América. ¿Y qué es América? América es un ensayo.

EFRAÍN SÁNCHEZ CABRA

## Lecciones del pasado

### La reforma universitaria de la Nueva Granada (1820-1850)

John Lane Young

(traducción de Gloria Rincón Cubides)

Instituto Caro y Cuervo-Universidad Pedagógica Nacional, Santafé de Bogotá, 1994, 206 págs.

El prefacio del libro de John Lane Young da cuenta de un hecho extraordinario: Colombia "fue la primera nación independiente del Nuevo Mundo que asumió seriamente la reforma de la educación superior". Y si se amplía el horizonte al mundo entero, se halla que los primeros esfuerzos por crear una universidad moderna se hicieron en dos países: el primero fue Alemania, impulsados por Wilhelm von Humboldt, hermano de Alexander, el gran explorador de la América tropical. Ello no sorprende, para una nación de grandes filósofos y hombres de ciencia. Pero lo que sí admira es que el segundo país fuera Colombia, en los remotos Andes. En Colombia se dieron pasos, antes que en los Estados Unidos, en Francia o en Inglaterra, para adaptar la enseñanza universitaria a las demandas de un mundo radicalmente nuevo, producto de la revolución industrial, la expansión comercial y las luchas sociales dentro del capitalismo. ¿Cómo fue esto posible en un país donde no había industrias —mucho menos revolución industrial—, donde la falta total de caminos dificultaba el intercambio mercantil aun entre las provincias contiguas, y donde apenas había concluido la lucha por la independencia? ¿Qué clase de reforma universitaria fue ésta? ¿Cuáles sus ca-

racterísticas? ¿Cuáles sus obstáculos, alcances y protagonistas?

Young ofrece un análisis profundizado de la acción del gobierno de la Nueva Granada, principal agente y promotor de la reforma universitaria, durante los tres primeros decenios republicanos. Los episodios cruciales de esta historia son la reforma de la educación superior dentro del "Plan de Estudios" del vicepresidente Francisco de Paula Santander, publicado en 1826, y la expedición del "Decreto del Poder Ejecutivo (de 10. de diciembre de 1842) organizando las universidades", redactado por Mariano Ospina Rodríguez. Ambas reformas, inspiradas en la Ilustración neoborbónica, buscaban poner la enseñanza universitaria al servicio del progreso "moral" y material de la Nueva Granada. Esto sucedió en una época en que la pequeña elite intelectual que en gran proporción repartía su tiempo entre cargos oficiales y la enseñanza universitaria, ponía el dedo en la llaga del profundo atraso de la nación y debatía los medios para conducirla por la senda del "verdadero progreso". Las reformas educativas que estudia Young tienen como trasfondo la convicción, compartida por la minoría ilustrada, de que a la Nueva Granada, por sus inmensas riquezas y su posición geográfica privilegiada, le esperaba un alto destino en el concierto de las naciones. Como escribió Manuel Ancizar hacia el final del período escogido por Young, "educación, industria, caminos, inmigración, son facetas de una sola necesidad nacional, i elementos correlativos e inseparables del progreso tal como lo piden las peculiares circunstancias de estos países, tan henchidos de vitalidad, tan vacíos de movimiento i vida". La educación, y en particular la educación superior, representaba la base primordial del progreso. Al menos en teoría.

Los resultados fueron muy inferiores a las expectativas. Pero para un acucioso observador contemporáneo, como Young, los medios adoptados por el gobierno para dar cumplimiento a esta estrategia y los incidentes de su aplicación son tan importantes, o quizá más, que sus efectos inmediatos.

El tema presenta muchas facetas y suscita un sinnúmero de interrogantes. Young selecciona exitosamente los de